

EN PORTADA

Por Ana Fuentes

En 2010, una oleada de suicidios sacudió Foxconn, el proveedor principal de Apple en el sur de China. Trabajadores muy jóvenes, muchos llegados del campo, se arrojaban por las ventanas de sus dormitorios o de edificios cercanos a las fábricas. Al principio se habló de problemas personales. Pero los casos se multiplicaron y esa explicación dejó de sostenerse: empezaba a verse el coste humano del milagro industrial chino.

Ese mismo año, el malestar saltó también a las cadenas de montaje. En proveedores de Honda, Toyota y otras multinacionales, los trabajadores inmigrantes —los *mingong*— exigieron mejores sueldos y condiciones menos asfixiantes. Algunos denunciaban jornadas extenuantes y que sus sueldos eran tan precarios que la inflación se los estaba comiendo poco a poco. El Partido Comunista se puso nervioso. No le interesaba que el revuelo pudiera adquirir una dimensión política o ahuyentar a los inversores. Así que intentó encauzar el malestar a través del entonces primer ministro, Wen Jiabao. Abuelo Wen, como lo apodaba la gente, era la cara cercana, el líder compasivo ante la desigualdad. En una visita a trabajadores inmigrantes en Pekín, los llamó “el ejército principal” de la fuerza laboral industrial china y pidió tratarlos “como a nuestros propios hijos”.

Casi dos décadas después, muchos en China siguen hablando de los *mingong* como “ciudadanos flotantes”, “hormigas” o incluso “población de baja gama”. Son los trabajadores que levantaron los rascacielos, las infraestructuras y las fábricas que han colocado al país en primera línea del poder económico. Pero, en una China de 1.400 millones de habitantes y una producción cultural gigantesca, cada vez aparecen más relatos que se preguntan quién hizo posible ese éxito y a qué precio.

En España acaban de publicarse dos libros que miran de forma distinta y complementaria a esas vidas en los márgenes: *Historias del extrarradio*, de Xu Zechen (Automática), y *Las chicas del Norte*, de Sheng Keyi (Más al Este). Ambas son novelas de ficción, pero se leen casi como un documento de época: captan una China muy concreta, la que va del trauma de Tiananmén a los Juegos Olímpicos de Pekín. Apenas dos décadas pueden parecer poca cosa para un país que presume de 5.000 años de historia, pero ese tramo concentra muchas de las claves de su transformación.

Xu Zechen (Donghai, 1978) es redactor jefe de la revista *Rénmín Wénxué* (literatura del pueblo), la más prestigiosa en su país. Empezó a escribir hace 29 años después de no conseguir entrar en Derecho. Se reconoce en Muyu, el protagonista de su libro, que llega a Pekín con 17 años. “A los dos nos gusta salir a correr, tratar con todo tipo de gente y somos neurasténicos”, explica el autor por escrito desde China. “Todos venimos del pueblo, por lo que nuestras sensaciones coinciden en muchos aspectos, en especial en la relación que mantenemos con esta ciudad. Cuando escribo sobre ellos, estoy escribiendo sobre mí mismo”.

Muyu trabaja para un falsificador de documentos, un oficio habitual a comienzos de los dos mil. Vive en las afueras con varios amigos tan desharrapados como él. Cuando tienen tiempo después de trapihear, suben a la azotea a jugar a las cartas y beber cerveza mientras observan los

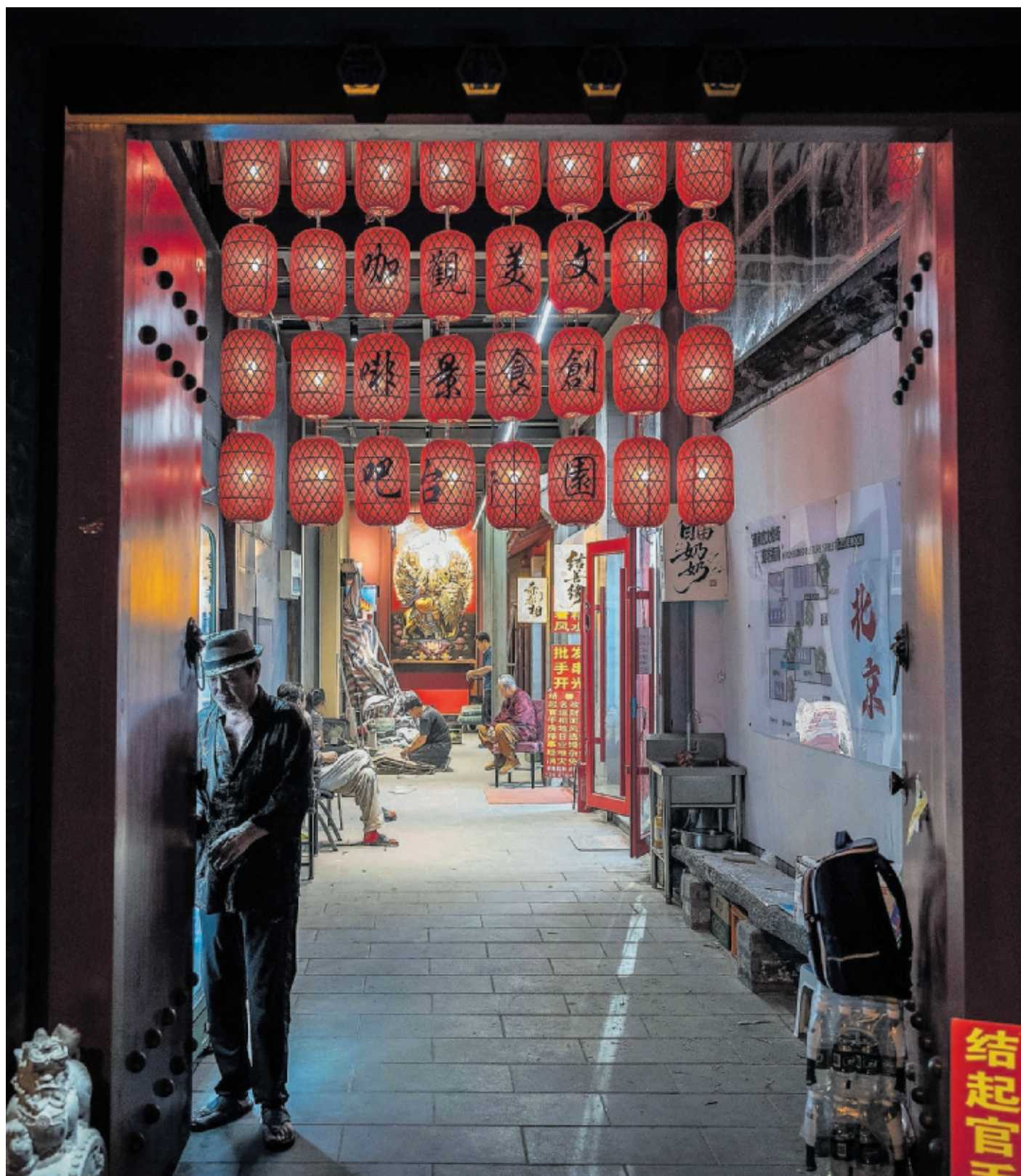
La ciudad china como promesa y trituradora

La China de los rascacielos no se entiende sin lo que ocurre en sus márgenes: millones de inmigrantes que dejaron el campo. Dos novelas se fijan en quienes sostuvieron el milagro urbano. Sus vidas son prosaicas y a ratos cutres, pero están llenas de humor, deseo y ganas de abrirse camino

rascacielos, esa riqueza de la que no forman parte. Sus conversaciones están llenas de humor, frases lapidarias y ternura. “Pekín es como un buldócer gigante. También como una epidemia imposible de combatir”, sentencia uno de ellos. Otro quiere leer a Freud por las partes en las que habla de sexo: “Si no fuera por esas frases subidas de tono que aparecían de tanto en tanto, ¿quién iba a tener interés en leer la matraca de un extranjero sobre cómo se interpretan los sueños?”.

Entrar en *Historias del extrarradio* es viajar al Pekín preolímpico, ese que todavía conservaba muchos barrios de *hutong* (callejones tradicionales) y tascas con el suelo cubierto de cáscaras de cacahuete, escupitajos y botellines de cerveza Tsingtao. Eran los años en los que la economía china crecía casi a doble dígito, se pagaba en efectivo y el Partido Comunista seguía aplicando la política del hijo único.

Xu Zechen ha recibido el Premio Mao Dun, el máximo galardón literario en su país. Preguntado qué hay en su libro profundamente chino y qué cree que pue-



Entrada de un edificio en un *hutong*, los callejones tradicionales del casco antiguo de Pekín, en septiembre de 2025. KEVIN FRAYER (GETTY)